En el teatro

Cada vez que—en nuestra capital—se inauguran temporadas teatrales, se pueden observar muchos defectos que perjudican demasiado el grado de cultura que atribuyen á nuestra sociedad cronistas insulsos de bailes y espectáculos y gacetilleros incapaces de todo discernimiento.

A las personas que entre nosotros se dedican á observar para tener mejor conocimiento de nuestra vida social, extraña ese modo de proceder de la *élite*, como se llaman á sí mismos los pedantes de la burguesía costarricense.

Se anuncia en los programas que el espectáculo ha de dar principio á las ocho de la noche en punto y, sin embargo, aún media hora después de las ocho, los curiosos que se sitúan en la puerta de entrada ven llegar señoras, señoritas y caballeros de los que más tono se dan en su cultura y á quienes poco les importa molestar á los puntuales haciendo ruido al tomar asiento en sus lunetas, palcos ó butacas.

No es posible el cumplimiento entre nosotros. Unos minutos más ó menos pueden comprometer los resultados de una empresa cualquiera. Por eso, los que llamamos extranjeros, los que tienen completo conocimiento de la puntualidad, hacen dinero mientras los del país no salen nunca de la posición que tenían cuando empezaron sus trabajos.

La poca cultura artística se revela en los aplausos extemporáneos y en la aprobación de las mímicas exageradas de artistas que circunscriben el arte verdadero á los gestos cómicos, haciendo del teatro serio, un circo de payasos y fantoches.

Señoritas que, en los salones quieren brillar como es-